

La industria cinematográfica mexicana: entre la ficción y la realidad*

*Rafael Guevara Fefer***

COMO LECTOR DE TEXTOS de historia del México contemporáneo, agradezco la aparición de *Entre la ficción y la realidad. Fin de la industria cinematográfica mexicana 1989-1994*. Es una creativa investigación convertida en un libro inteligente, tanto por el contenido como por la forma; basta mirar la portada en la que se aprecia la maltrecha fachada del cine Ópera, y si se observa una y otra vez, se puede sentir también nostalgia por aquellas salas de cine de barrio, en las que se hacía la vida familiar, estudiantil o, si prefiere, se buscaba el amor; no obstante, también podemos abrigar indignación porque se encarecieron drásticamente las “idas al cine” y las producciones locales fueron minadas y su exhibición parece más bien ocultamiento.

La autora –confiada en que la historia social es la perspectiva más adecuada para narrar aspectos de la historia contemporánea, con todo y sus incalculables desafíos– emprende una narración que transita por el mundo del cine y su producción, para dar con el demiurgo o demiurgos que están detrás de la trama, no sólo de las películas, sino del laberíntico guión que dio al traste con una industria otrora ejemplar por sus éxitos simbólicos y materiales; la misma que tuvo un papel destacado en la cultura nacional que imaginó el régimen posrevolucionario y que también ganó fama como productora de obras de arte que recibieron sonado reconocimiento por parte de la comunidad cinematográfica internacional.

* Isis Saavedra Luna, *Entre la ficción y la realidad. Fin de la industria cinematográfica mexicana 1989-1994*, Coordinación de Extensión Universitaria, UAM-Xochimilco, México, 2007.

** Profesor en el Colegio de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

Este libro quiere –y logra su cometido– mostrar cómo

La historia del cine forma parte de los nuevos métodos y fuentes para reconstruir la historia, incorporados desde la década de 1970, gracias a los cuales es posible considerar a la sociedad y sus problemas desde todas las interrelaciones en las que la imaginación es capaz de penetrar. Para ello, el cine –visto como una de las manifestaciones culturales más importantes del siglo XX– es fundamental; de ahí que este trabajo se desarrolla a partir de la industria que lo crea. El nacimiento de una película involucra todo un aparato productivo inmerso en la política nacional y, desde luego, mundial. El deseo y entusiasmo individual no son suficientes [Saavedra, 2007:13].

La autora manifiesta su voluntad como historiadora por comprometerse con los problemas de su época. Su pasión por el cine no es obstáculo para construir una narrativa solvente, precisa, bien fundamentada y –con esa pulsión propia del oficio– evitar que filias y fobias orienten las explicaciones que demandan temas como el de la transformación de la industria cinematográfica.

Entre las páginas de esta obra podemos apreciar artilugios historiográficos para conocer mejor y más de cerca la trayectoria de nuestro cine, y cómo fue que el espejismo –tan vívido y verosímil que nos vendió Carlos Salinas y su grupo compacto de amigos tecnócratas– permitió que el sempiterno afán de modernizarlo todo, nos llevara a asistir a una larga función de seis años en la que el guión visible era mejorar la calidad del cine y ampliar su exhibición internacional; sin embargo, el guión oculto era dismantelar una industria que competía con Hollywood y nos ayudaba a reconocernos como mexicanos:

Las audaces iniciativas políticas y la propaganda de Salinas vendieron con éxito el sueño de que México estaba por entrar al Primer Mundo. Mejoras económicas modestas, pero reales daban credibilidad a estas afirmaciones. Sin embargo, las expectativas creadas habrían de verse truncadas, tristemente, al finalizar el sexenio.¹

Como demuestra rotundamente Saavedra, parte de la comunidad mexicana del cine compró el sueño que Salinas vendía, para después sorprenderse del

¹ Rob Aitken, “Carlos Salinas de Gortari”, en Will Fowler (coord.), *Presidentes mexicanos*, t. II (1911-2000), México, INEHRM, 2004, p. 450.

truco de un ilusionista ante los pésimos resultados que vivieron productores, trabajadores, actores, directores y todos aquellos que hacían posible el encanto del cine. En aquel furor de venta, parecido al de las rebajas de enero, fueron vendidas más de dos mil empresas, incluyendo aquellas relacionadas con la producción, distribución y exhibición sin importar que fueran o no redituables.

El libro consta de cinco capítulos, unos antecedentes y un utilísimo apéndice (en el que podemos encontrar reseñas y un listado de producciones) decantados a lo largo de varios años de diversas labores de aula, gabinete y archivo, tal como suele suceder con los buenos libros de historia. Los antecedentes nos dan una breve mirada a la historia del cine mexicano y a las condiciones en que se desarrolló la industria a partir de la llamada época de oro, momento en que el cine y el proyecto de nación iban de la mano con el objetivo de modernizar al país. Fue el tiempo en que se crearon importantes empresas productoras y exhibidoras, incluso la distribución llegaba a casi todos los países de habla hispana y desde luego al interior de la República Mexicana, la vida social giraba alrededor de las funciones de cine y su producción generaba una riqueza muy cercana a las ganancias obtenidas por el petróleo.

El capítulo 1, “Estrategias para la modernización”, da un seguimiento a los pasos que dio el Estado para transformar la infraestructura fílmica de acuerdo con la política gubernamental. La creación del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes fue piedra clave en la gestión del proyecto cultural del gobierno salinista, mientras que la Dirección de Radio, Televisión y Cinematografía, dependiente de la Secretaría de Gobernación, permaneció encargada de la autorización de las películas, “censura”, lo llamaron muchos. La firma del Tratado de Libre Comercio en función del cine, un duro golpe para la cinematografía, es analizada también en este capítulo, gracias a él se permitió la competencia entre la industria nacional y la estadounidense, pero bajo una asimetría –como la de un peso welter y un peso pluma–, lo que hizo imposibles las condiciones para el contrincante mexicano. Cierto es que el cine mexicano no fue destruido del todo, tal como sucede con la materia, sólo se transformó; pero todo parece indicar que no hay más y mejores películas que antes, tampoco más público para éstas. Finalmente, las modificaciones a la Ley Federal de Cinematografía en 1992 completaron el cuadro, de esta manera se desregulaba el cine. El presidente Carlos Salinas lanzó un decreto

que abrogó la Ley de la Industria Cinematográfica de 1949, reformada por última vez en 1952.

El capítulo 2, titulado: “Imcine, hacia la globalización”, da cuenta de los lineamientos de la política gubernamental en este rubro, así como de su aplicación; una de las prioridades, por ejemplo, fue la liquidación de las empresas estatales, que años atrás ya se habían empezado a dejar morir con malas administraciones, abandono de las salas, del equipo de proyección, etcétera. En el capítulo 3, “Agonía de la industria fílmica”, se hace un relato detallado de la suerte que tuvo cada uno de los rubros que componen el proceso industrial, tanto en el sector privado como en el estatal: producción, distribución y exhibición, y de la instalación de las exhibidoras extranjeras en el país, además de la transformación en los procesos laborales, más de acuerdo con los cambios en el capitalismo mundial que a las necesidades del país. El capítulo 4, “Actores y factores del cine mexicano”, habla de cómo se organizaron y reorganizaron los actores de la industria en esta reestructuración: trabajadores sindicalizados, cineastas, actores, etcétera, donde el trabajo de las cooperativas de cine, iniciado varias décadas antes, retomó singular importancia como forma de sobrevivencia en condiciones sumamente complicadas. Finalmente, el capítulo 5, “Cultura cinematográfica”, inicia con un tema clave en esta época: la censura; cabe recordar que el sexenio de Carlos Salinas se abanderó con el tema de la libertad de expresión, y si bien se exhibieron películas como *La Sombra del caudillo*, de Julio Bracho –enlatada desde la década de 1960–, o *Rojo amanecer*, de Jorge Fons (1993), el lado oculto fue que la pésima distribución y quedar fuera de los circuitos de exhibición, dado el rompimiento de la cadena productiva, hizo que muchas películas parecieran censuradas cuando en realidad el problema era estructural. Este capítulo también narra cuestiones tan importantes como la educación fílmica y sus instituciones, así como los cambios en los planes de estudio de acuerdo con las necesidades de la época, pero también del mercado. En la última parte se presenta un útil recuento de publicaciones que nos deja ver los textos sobre cine que se escribieron en el periodo tratado, lo que permite conocer las preocupaciones e intereses temáticos de entonces.

El libro del que venimos hablando nos invita a reflexionar sobre la urgencia que tienen los científicos sociales de no olvidarse de la historia reciente, esa que con sólo voltear hacia atrás un poco, más que verle, nos toca –como quien